

ELEMENTOS Y ALCANCES DE LA RELACIÓN INTELECTUAL ENTRE FOUCAULT Y
LA TEORÍA CRÍTICA *

Elements and scope of the intellectual relationship between Foucault and Critical
Theory

Alvaro Muñoz Ferrer[†]
Universidad Adolfo Ibáñez, Chile

Resumen

Este trabajo argumenta que la noción de racionalidad gubernamental articulada por Michel Foucault pudo haber sido influenciada por la obra de la Escuela de Fráncfort, particularmente por Marcuse, en torno a la relación entre poder y racionalidad. La argumentación se construye sobre la base de un análisis genealógico del concepto de racionalidad en el contexto del capitalismo y concluye con una reflexión acerca de las contribuciones metodológicas al enfoque de la gubernamentalidad que pueden explorarse a partir de la relación intelectual entre Foucault y la Teoría Crítica.

Palabras clave: Foucault - Marcuse - Escuela de Fráncfort - Racionalidad - Poder

Abstract

This paper argues that the notion of governmental rationality articulated by Michel Foucault may have been influenced by the work of the Frankfurt School, particularly by Herbert Marcuse, around the relationship between power and rationality. The argumentation is built on the basis of a genealogical analysis of the concept of rationality in the context of capitalism and it concludes with a reflection on the methodological contributions to the governmentality approach that may be explored from the intellectual relationship between Foucault and Critical Theory.

Keywords: Foucault - Marcuse - Fráncfort School - Rationality - Power

*Este artículo está parcialmente inspirado en una sección de mi investigación para optar al grado de Magíster en Filosofía Política de la Universidad de Santiago. Agradezco los valiosos comentarios del Dr. Hernán Neira Barrera a una versión preliminar de este trabajo

[†]Contacto: alvmunozf@gmail.com <https://orcid.org/0000-0003-4928-8466>. Magíster en Filosofía Política, Universidad de Santiago. Doctorando en Filosofía, Universidad de Chile. Profesor externo de la Universidad Adolfo Ibáñez.

1. INTRODUCCIÓN

En una extensa entrevista concedida a Duccio Trombadori en 1978, Michel Foucault se refiere al pensamiento articulado desde la Escuela de Fráncfort como una influencia retroactiva, pues, según afirma, la Teoría Crítica pudo haber tenido en él una “influencia inmensa”, pero aquello no habría ocurrido debido a que su encuentro intelectual con estas ideas se dio después de la etapa en la que pudo ser permeable a su influjo (Cf. Eribon 1995: 396-395). Por este motivo, para Foucault resulta “sorprendente” que el problema fundamental que se planteó la Escuela de Fráncfort – esto es, el problema de la dominación como resultado del ejercicio de la racionalidad – sea también “nuestro problema” – es decir, el problema de Foucault y sus contemporáneos a fines de la década de 1970 –. Así lo plantea el pensador francés:

¿Cómo disociar esta racionalidad de los mecanismos, de los procedimientos, de las técnicas, de los efectos de poder que lo acompañan y que soportamos tan mal en tanto son la forma de opresión propia de las sociedades capitalistas y quizá de las sociedades socialistas? ¿No se podría concluir de todo ello que la promesa de la *Aufklärung* de encender la libertad por medio del ejercicio de la razón ha vuelto su mirada hacia un ejercicio de la razón que es cada vez menos prometedor de libertad? Problema fundamental. Problema en el cual todos nos debatimos. Quiero decir que los problemas que son los nuestros han sido sorprendente y muy claramente formulados por la Escuela de Fráncfort (Eirbon 1995: 397)

Como es sabido, Foucault dedicó parte importante de su trabajo al análisis de la mencionada relación entre el poder y la racionalidad. Uno de los resultados más relevantes y fecundos de aquel análisis es el concepto de gubernamentalidad [*gouvernementalité*]. Este neologismo fue desarrollado por Foucault a partir de la expresión “racionalidad gubernamental” (Cf. Foucault 2006) (Cf. Gordon 1991) que pretendía describir un régimen bajo el que se agrupan ciertas prácticas orientadas a conducir el comportamiento humano.

A pesar de que Foucault declara explícitamente que la Teoría Crítica no tuvo impacto en su formación filosófica, nos parece que es posible evidenciar aspectos comunes entre la noción de racionalidad articulada por Herbert Marcuse y la presentada por Foucault. A partir de lo anterior, el objetivo de este trabajo es mostrar que tales aspectos comunes no solo podrían no ser fortuitos, sino que pueden permitirnos afirmar que la noción de racionalidad foucaultiana es heredera, en un sentido crítico, de los planteamientos de la Teoría Crítica. Para abordar el objetivo anterior, proponemos un análisis genealógico organizado en tres partes: en primer lugar, presentamos la definición de racionalidad articulada por Max Weber, pues, siguiendo a Habermas, es quien introduce este concepto para describir la lógica del orden capitalista. En segundo lugar, analizamos la recepción crítica que tuvo aquella definición en la Escuela de Fráncfort y particularmente en Marcuse. En tercer lugar, desarrollamos la acepción que Foucault propone para construir el concepto de racionalidad gubernamental y establecemos los puntos de acuerdo y divergencia que nos permiten hablar de *herencia crítica*. Tras el análisis anterior, se presenta una reflexión acerca de posibles contribuciones metodológicas al enfoque gubernamental – enfoque surgido, como es sabido, a partir de la recepción que tuvo el curso *Seguridad, territorio,*

población que Foucault dictó en el Collège de France en 1978 – que pueden explorarse a partir de la relación intelectual entre Foucault y la Teoría Crítica.

2. MAX WEBER Y LA NEUTRALIDAD DE LA RAZÓN TÉCNICA

El concepto de racionalidad es, siguiendo a Habermas, introducido por Max Weber “para definir la forma de la actividad económica capitalista, del tráfico social regido por el derecho privado burgués, y de la dominación burocrática” (Habermas 1986: 53). Para Weber, el progreso técnico-científico que permitió el desarrollo del capitalismo industrial occidental exigía una organización racional del trabajo, esto es, de acuerdo a Anthony Giddens¹, una “administración rutinaria y calculada [del trabajo] dentro de empresas en funcionamiento continuo” (Weber 2005: xi). Esta racionalización del trabajo a través de la empresa o *racionalidad empresarial* tuvo, según Weber, un doble efecto: permitió, por una parte, disciplinar a la fuerza de trabajo y, por otra, regularizar la inversión del capital. Ambos rasgos distintivos del modo de producción capitalista impactaron en la lógica de la interacción económica, pues el interés de las personas ya no estaba orientado a la satisfacción de necesidades materiales a través de la producción y el consumo de mercancías, sino que a la eficiencia de la reproducción del capital; este fenómeno totalmente nuevo y propio del orden económico capitalista es lo que Weber denomina el “espíritu del capitalismo” y que define sintéticamente en los siguientes términos:

El Hombre es dominado por el hacer dinero, por la adquisición como último propósito de su vida. La adquisición económica ya no está subordinada al Hombre en tanto que medio para satisfacer sus necesidades materiales (Weber 2005: 18)

Del pasaje anterior se desprende que todos los individuos de la sociedad capitalista quedan sometidos a la acción de esta racionalidad tecno-capitalista. Para Weber, este carácter universal del despliegue de la nueva racionalidad tiene su origen en el surgimiento y propagación de la ética del protestantismo, particularmente del puritanismo calvinista y su característico “ascetismo intramundano” (Weber 2005: 54-101), pues esta doctrina legitimó moralmente el ejercicio libre y racional de las profesiones y la acumulación de riqueza individual asociada. Al respecto, Weber expresa lo siguiente:

El ascetismo intramundano protestante, como podemos resumir hasta este punto, actuó poderosamente contra el disfrute espontáneo de los bienes; restringió el consumo, especialmente de los lujos. Por otra parte, tuvo el efecto psicológico de liberar la adquisición de bienes de las inhibiciones de la ética tradicional. Rompió los límites del impulso de consumo en el sentido que no sólo lo legalizó, sino que (en el sentido discutido) lo consideró como directamente deseado por Dios. La campaña contra las tentaciones de la carne y la dependencia de cosas externas fue, como, además de los puritanos, el gran apologista cuáquero Barclay expresamente dice, no una lucha contra

¹ Giddens es el autor de la introducción al inglés de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* en la traducción elaborada por Talcott Parsons. Las traducciones al español de la obra son nuestras.

el consumo racional, sino contra el uso irracional de la riqueza (Weber 2005: 115)

Es decir, el ascetismo intramundano se convirtió en el sustrato ético-religioso que legitimó a tal punto el consumo y la acumulación que hizo posible el despliegue total de la racionalidad empresarial en la sociedad capitalista. Esta legitimación religiosa es vital para entender a Weber, pues muestra que la racionalidad propia del capitalismo, al estar estrictamente configurada por la técnica productiva, carece de un componente ético. Se trata, por lo tanto, de una racionalidad neutra que, al recibir el influjo moral externo del puritanismo, se desplegó como una racionalidad dominativa. El efecto de esta relación simbiótica entre el espíritu del capitalismo y la ética protestante es, en palabras de Weber, el siguiente:

Este orden [el capitalismo] está ahora unido a las condiciones técnicas y económicas de la producción mecánica que hoy en día determina las vidas de todos los individuos que nacen en este mecanismo, no sólo de aquellos directamente involucrados con el intercambio económico, con una fuerza irresistible. Tal vez las determinará hasta que se queme la última tonelada de carbón fósil (Weber 2005: 123)

Si bien Weber cultivó una relación crítica con la obra de Marx y, más precisamente, con el materialismo histórico², su juicio con respecto al modo en que las condiciones de producción propias del capitalismo determinan la vida humana es similar a la reflexión que ofrecen Marx y Engels *La ideología alemana* y que posteriormente retoma Marx en su *Contribución a la crítica de la economía política*, sintetizándola en los siguientes términos:

El modo de producción de la vida material determina, de una manera general, el proceso social, político e intelectual de la vida. No es la conciencia del hombre lo que determina su existencia, sino su existencia social lo que determina su conciencia. En cierto grado de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad están en contradicción con las relaciones de producción que entonces existen, o, en términos jurídicos, con las relaciones de propiedad en el seno de las cuales esas fuerzas productivas se habían movido hasta entonces (Marx 2008: 9)

Además de evidenciar similitudes, la cita anterior también muestra aquello que distancia a ambos pensadores y, en consecuencia, nos revela la novedad del análisis de Weber sobre la forma en que el capitalismo determina la vida humana. Mientras Marx está pensando en la lógica *contradictoria* del capital (“las fuerzas productivas de la sociedad están en contradicción con las relaciones de producción”), Weber está pensando en la dicotomía racionalidad-irracionalidad que, de acuerdo a su investigación, se da al interior del capitalismo. Foucault busca sintetizar la originalidad del análisis weberiano del siguiente modo:

² Respecto de la relación entre Marx y Weber, es interesante revisar los antagónicos análisis de Kozyr-Kowalski (1971), Gerth y Mills (1972) y Duek (2009)

[...] el problema de Max Weber y lo que introdujo, a la vez en la reflexión sociológica, la reflexión económica y la reflexión política alemana, no es tanto el problema de la lógica contradictoria del capital como el de la racionalidad irracional de la sociedad capitalista. Ese paso del capital al capitalismo, de la lógica de la contradicción a la división de lo racional y lo irracional, es a mi juicio – y vuelvo a ser muy esquemático – lo que caracteriza el problema de Max Weber (Foucault 2008: 134)

A modo de síntesis, entonces, podemos decir que el concepto de racionalidad en Weber se define por dos características: en primer lugar, se trata de una racionalidad *técnico-capitalista* en tanto que razón técnica propia de la empresa privada nacida al interior del capitalismo, y, en segundo lugar, corresponde a una racionalidad neutra, pues, en tanto que técnica, estaría desprovista de una ética propia o, como dirá Marcuse más adelante, de una *ideología*.

3. MARCUSE Y LA RAZÓN TÉCNICA COMO IDEOLOGÍA

Nos hemos referido a la relación de Weber con Marx debido a la influencia que tuvo la filosofía marxista en una de las recepciones críticas más prominentes que tuvo el análisis weberiano del capitalismo, a saber, el análisis de la Escuela de Fráncfort y, más específicamente, la crítica desarrollada por Marcuse a partir del diagnóstico de Horkheimer y Adorno.

La crítica de Marcuse contiene una aguda constatación en torno a una omisión de carácter político³: según el intelectual francfortés, Weber perdió de vista un asunto cardinal relacionado a la razón técnica. Dada su ligazón original con la empresa privada, la razón técnica no podía tener un carácter neutro; se trataba en realidad de “una razón *burguesa* – e incluso apenas una parte de esto, a saber, una razón *capitalista*” (Marcuse 1965a: 7). Si bien Weber juzgó críticamente las consecuencias del capitalismo, es precisamente esta equivalencia entre razón técnica y razón capitalista la que, de acuerdo a Marcuse, le impidió ver que:

No se trataba de una razón ‘pura’, formal, técnica, sino de una razón dominativa la que estaba construyendo las “casas de servidumbre” – y que la expiración de la razón técnica bien podría haberse transformado en un instrumento para la liberación del hombre. Para decirlo de otra manera: el análisis del capitalismo de Max Weber no fue suficientemente imparcial (Marcuse 1965a: 15)

Al develar la parcialidad del análisis weberiano, Marcuse contribuye críticamente a la construcción del concepto de racionalidad, pues muestra que la dominación capitalista

³ Le llamamos “omisión política” porque, según Marcuse, no se trata de una omisión casual o accidental, sino de origen precisamente político: Weber estaba defendiendo los intereses de la burguesía. En palabras de Marcuse: “El propio Max Weber definió lúcidamente los límites de su visión: él se describió a sí mismo como un ‘burgués’ e identificó su trabajo con la histórica misión de la burguesía. [...] Lo personal sirve aquí sólo como ilustración de lo conceptual. Muestra hasta qué punto la propia concepción de Razón, en su contenido crítico, se detiene en sus orígenes” (Marcuse 1965^a: 7)

no correspondía, como creía Weber, al fruto de una determinada forma de *aplicación* de la razón técnica, sino que debido a la razón técnica en sí:

El concepto de razón técnica es tal vez él mismo ideología. No sólo su aplicación, sino que ya la técnica misma es dominación (sobre la naturaleza y sobre los hombres), una dominación metódica, científica, calculada y calculadora. No es que determinados fines e intereses de dominación se impongan a la técnica “posteriormente” desde fuera: ya están implicados en la construcción del propio aparato técnico. En cada caso, la técnica es un proyecto histórico-social: en él se proyecta lo que una sociedad y sus intereses dominantes pretenden hacer con las personas y con las cosas. Tal propósito de dominación es material y pertenece a la forma misma de la razón técnica⁴. (Marcuse 1965b: 179)

Al definir a la razón técnica – y a la técnica misma – como un *proyecto histórico-social*⁵, Marcuse nos ofrece su definición de racionalidad en el contexto del capitalismo: se trata de una racionalidad dominativa, es decir, no sólo no es neutra o imparcial, como creía Weber, sino que es, en sí misma, un tipo de dominación de carácter ideológico que pretende normar el comportamiento de los individuos a través de una proyección social de los intereses de las clases dominantes. Tal proyección adquiere, según Marcuse, el carácter de “universo totalitario”:

La racionalidad tecnológica revela su carácter político a medida que se convierte en el gran vehículo de una dominación más acabada, creando un universo verdaderamente totalitario en el que sociedad y naturaleza, espíritu y cuerpo, se mantienen en un estado de permanente movilización para la defensa de este universo (Marcuse 1993: 48)

Por motivos que se verán más adelante, nos parece que el acento puesto por Marcuse en la dominación a través de la regulación del comportamiento humano impuesta por la racionalidad técnica será fundamental para la elaboración del concepto de racionalidad que propone Foucault. En el próximo apartado, entonces, analizaremos la definición propuesta por el pensador francés e intentaremos trazar los puentes entre su concepto de racionalidad y el definido por Marcuse.

4. FOUCAULT, LA TEORÍA CRÍTICA Y LA RACIONALIDAD GUBERNAMENTAL

Antes de desarrollar la noción de racionalidad en Foucault, analizaremos su particular recepción de la Teoría Crítica. Como ya mencionamos, Foucault ve en la Escuela de

⁴ Traducción propia del texto en alemán. Utilizamos el original en lugar de la traducción al inglés en esta cita debido a que esta última omite algunas palabras que, creemos, afectan la correcta comprensión de la descripción que ofrece Marcuse de la dominación técnica.

⁵ El concepto de “proyecto” utilizado por Marcuse es tomado de la obra de Jean-Paul Sartre. Así lo aclara el propio Marcuse en una nota al pie de *El hombre unidimensional*: “El término “proyecto” subraya el elemento de libertad y responsabilidad en la determinación histórica: liga la autonomía con la contingencia. En este sentido se emplea el término en la obra de Jean-Paul Sartre” (Marcuse 1993: 26)

Fráncfort una “influencia retroactiva”, pues no tuvo contacto directo con las ideas que de ahí surgieron en el periodo de su vida en el que, según afirma, habría sido intelectualmente permeable a ellas, pero reconoce explícitamente que, de haberlas estudiado más tempranamente, le habrían seducido completamente – en palabras de Foucault: “me habría sentido tan seducido que no habría hecho otra cosa que comentarlos” (Eribon 1995: 396) –. Más aún, Foucault le confiesa a Duccio Trombadori en una de las famosas conversaciones que sostuvieron en 1978 que, de haber leído estas obras en su juventud, “hay un montón de cosas que no hubiera necesitado decir, y de errores que no hubiera cometido, mucho trabajo que me habría ahorrado” (Eribon 1995: 396). En la sección de la entrevista que citamos, Foucault dirige sus alabanzas a la Escuela de Fráncfort respecto de un asunto muy particular, a saber, la relación entre el ejercicio del poder y la racionalidad. Para el autor de *Vigilar y castigar*, aquella relación es uno de los problemas contemporáneos fundamentales y reconoce que éste y otros problemas han sido “sorprendente y muy claramente formulados por la Escuela de Fráncfort” (Eribon 1995: 397). Evidentemente, lo “sorprendente” para Foucault es constatar que su análisis del poder lo condujo al mismo problema al que arribaron, por caminos aparentemente independientes y sin intersecciones, Horkheimer, Adorno – con su crítica a la Ilustración – y, posteriormente, Marcuse.

En este apartado sostendremos que, al menos en lo que atañe a la relación entre racionalidad y poder, la conceptualización de Foucault está inspirada en los postulados de la Teoría Crítica. Para ello, proponemos dos argumentos: el primero consiste en explicitar algunas referencias que Foucault hizo a los análisis provenientes de la Escuela de Fráncfort y el segundo consiste en contrastar la definición de racionalidad gubernamental o gubernamentalidad que ofrece Foucault – primero en el curso *Seguridad, territorio, población* (1978) y luego, con mayor desarrollo, en el curso *Nacimiento de la biopolítica* (1979) – con la definición de racionalidad técnica en Marcuse. Ambos argumentos operan conjuntamente: dado que, por un lado, Foucault tuvo contacto intelectual con la relación entre racionalidad y poder expuesta por la Teoría Crítica y, por otro, que su concepto de racionalidad contiene similitudes evidentes con aquel diagnóstico – aunque, como se verá más adelante, se distancia notablemente de él –, nos parece razonable afirmar que existe una herencia crítica.

Revisemos, entonces, la recepción explícita – esto es, no una recepción inferida, sino la que el propio autor expone – de la Teoría Crítica en Foucault. En el curso *Nacimiento de la biopolítica* es posible evidenciar que Foucault estudió el concepto de “racionalización” en sentido weberiano y también su recepción crítica por la Escuela de Fráncfort y por la Escuela de Friburgo. En particular, en la clase del 7 de febrero de 1979 podemos ver, primero, que Foucault define el problema de Max Weber en contraste con el problema de Marx: “el problema de Max Weber y lo que introdujo, a la vez en la reflexión sociológica, la reflexión económica y la reflexión política alemana, no es tanto el problema de la lógica contradictoria del capital como el de la racionalidad irracional de la sociedad capitalista” (Foucault 2008: 134). Luego, el francés se refiere esquemáticamente a la recepción crítica que la Escuela de Fráncfort planteó ante la reflexión weberiana sobre la racionalidad en los siguientes términos:

Y puede decirse en términos generales que tanto la Escuela de Fráncfort como la Escuela de Friburgo, tanto Horkheimer como Eucken, retomaron ese problema simplemente en dos sentidos diferentes, dos direcciones diferentes,

porque – en forma esquemática, otra vez – el problema de la Escuela de Fráncfort era determinar cuál podría ser la nueva racionalidad social capaz de definirse y formarse con el objeto de anular la irracionalidad económica (Foucault 2008: 134)

Más adelante, en la misma clase, Foucault recurre al análisis de la sociedad de masas elaborado por Marcuse. En particular, se refiere indirectamente al concepto de *unidimensionalidad* a través de la obra de Werner Sombart en los siguientes términos⁶:

¿Qué produjeron la economía y el Estado burgués y capitalista? Una sociedad en la que los individuos son arrancados de su comunidad natural y se juntan en una forma, de alguna manera, chata y anónima que es la de la masa. El capitalismo produce las masas. Y, por consiguiente, produce lo que Sombart no llama exactamente unidimensionalidad, pero da su definición precisa. El capitalismo y la sociedad burguesa privaron a los individuos de una comunicación directa e inmediata de unos con otros y los forzaron a comunicarse sólo por intermedio de un aparato administrativo y centralizado. Por lo tanto, los [han] reducido a la condición de átomos, sometidos a una autoridad, una autoridad abstracta en la que no se reconocen. La sociedad capitalista impuso asimismo a los individuos un tipo de consumo masivo que tiene funciones de uniformación y normalización” (Foucault 2008: 144-145)

Como es sabido, la relación intelectual entre Foucault y Marcuse no se reduce al texto del pasaje anterior⁷, pero nos detenemos en esta obra debido a que, como ya hemos advertido, en ella Marcuse desarrolla profundamente su concepto de racionalidad técnica en tanto que ideología de dominación. Esta conceptualización representa, de acuerdo a Habermas, una suerte de coronación para el diagnóstico elaborado por Horkheimer y Adorno sobre la sociedad industrial avanzada – diagnóstico que, como hemos mencionado, fue notoriamente elogiado por Foucault –. Así lo expresa Habermas:

Nosotros hemos seguido este proceso de “racionalización desde arriba” hasta el punto en que la ciencia y la técnica mismas, en la forma de una conciencia positivista imperante – articulada como conciencia tecnocrática – asumen el papel de una ideología que sustituye a las ideologías burguesas destruidas. Es el punto a que se llega con la crítica de las ideologías burguesas: y aquí es donde radica el origen de esa equivocidad en el concepto de racionalización. Esa equivocidad fue diagnosticada por Horkheimer y Adorno como dialéctica de la ilustración, y la tesis de la dialéctica de la ilustración

⁶ Si bien la referencia es indirecta, el texto de Marcuse aparece citado directamente en el manuscrito de la clase (cf. Foucault 2008: 144)

⁷ Además de mencionar a Marcuse en otros cursos del College de France – *Los anormales* (1974-1975) y *Defender la sociedad* (1975-1976) –, Foucault fue un importante crítico de la hipótesis de la represión utilizada por Marcuse, pues, según su concepción del sujeto, la identidad se construye a través de relaciones de poder y no mediante represiones. Estos asuntos son profundamente tratados en el primer volumen de *Historia de la sexualidad* (1976) y en Foucault, M. (1980). “Body/Power” en *Power/Knowledge: Selected Interviews & Other Writings*, Nueva York: Pantheon Books.

queda extremada por Marcuse en la tesis de que la ciencia y la técnica se convierten ellas mismas en ideológicas⁸ (Habermas 1993: 102)

Considerando, entonces, que Foucault estudió la obra de Horkheimer y Adorno respecto de la crítica a la racionalidad técnica y que, además, conoció en profundidad la coronación teórica de dicha crítica en Marcuse, nos parece posible afirmar que Foucault pudo estar influenciado por la Teoría Crítica en la formulación de su particular concepto de racionalidad gubernamental. Creemos que esta tesis se legitima al observar que Foucault reconoce su afinidad intelectual con la Escuela de Fráncfort en una entrevista de 1978, pues es precisamente alrededor de este año que se produce el mentado giro de Foucault desde la llamada “etapa genealógica” a la “etapa gubernamental” (Cf. Raffin 2008) (Cf. Botticelli 2016) en la que se ocupa intensamente de la formación de las subjetividades a través de la acción del poder y la racionalidad, es decir, en este periodo Foucault aborda el problema de la relación entre poder y racionalidad que había planteado previamente la Escuela de Fráncfort y cuya caracterización fue intensamente elogiada por el pensador francés. Un hito notable del último giro foucaultiano es el siguiente: tanto en *Seguridad, territorio, población* como en *Nacimiento de la biopolítica*, cursos dictados entre 1978 y 1979 en el Collège de France, Foucault define y emplea el concepto de “racionalidad gubernamental” o “gubernamentalidad” para referirse a las prácticas orientadas a conducir el comportamiento humano y, en consecuencia, a moldear la subjetividad; esto último, como se verá más adelante, se acerca al diagnóstico que Marcuse plantea en *El hombre unidimensional* en torno a la dominación ejercida por la racionalidad técnica en las sociedades de consumo.

Ahora bien, como apuntamos anteriormente, para argumentar que Foucault efectivamente pudo haber recibido el influjo marcusiano, no basta con mostrar que estuvo expuesto a él o que existe una sincronía bastante sugerente entre el periodo en que reconoce su cercanía con los postulados de la Teoría Crítica y su etapa gubernamental, sino que hace falta contrastar sus definiciones de racionalidad para evidenciar similitudes suficientes. Veamos, entonces, la noción de racionalidad en Foucault. En primer lugar, es importante notar que la postura filosófica de Foucault en torno a la razón es, en palabras de Edgardo Castro:

Por un lado, una crítica de las posiciones filosóficas (fenomenología, marxismo, Weber) que abordan la historia de la razón a partir del acto fundador del sujeto, a partir de la oposición racionalidad/irracionalidad o en términos de proceso de racionalización; por otro lado, una afirmación de la especificidad de las diferentes formas de racionalidad y, por lo tanto, de su carácter histórico-fragmentario (Castro 2004: 473)

Esta perspectiva crítica y de carácter fragmentario se complementa con una concepción instrumental de la racionalidad: siguiendo a Castro, “para Foucault la racionalidad tiene ante todo un sentido instrumental: modos de organizar los medios para alcanzar un fin” (Castro 2004: 475). Este sentido instrumental de la racionalidad queda suficientemente

⁸ La traducción al español del texto de Habermas utilizada en este artículo utiliza la palabra “extremar” para traducir “zugespitzt”. Sin embargo, “zugespitzt” puede traducirse también como “afilarse”, “agudizarse” o “intensificar”. Estas acepciones nos parecen más adecuadas dado el contexto de la obra.

claro cuando Foucault explica qué es lo verdaderamente relevante, a su juicio, en la relación entre un determinado tipo de prácticas y la racionalidad:

Digamos que no se trata de juzgar las prácticas a la luz de una racionalidad que las haga apreciar como formas más o menos perfectas de racionalidad; sino más bien de ver cómo las formas de racionalización se inscriben en las prácticas o los sistemas de prácticas, y qué papel desempeñan en ellas. Porque ciertamente no hay prácticas sin un cierto régimen de racionalidad⁹ (Foucault 1994: 26)

La conjugación de los elementos recién descritos nos permite articular la definición de racionalidad en Foucault: se trata de un régimen bajo el cual se despliegan ciertos tipos de prácticas orientadas a producir un fin determinado. A partir de esta definición, Foucault emplea, en un sentido amplio, los conceptos de “técnica” y “tecnología”, pues los concibe como la “regularidad que organiza un modo de hacer u obrar orientándolo a un fin (Castro 2004: 475). De esta forma, el análisis que ofrece Castro muestra que cuando Foucault habla de “racionalidad gubernamental” o “gubernamentalidad”, se refiere a un tipo de régimen bajo el que se organizan las prácticas de gobierno. Este tipo de racionalidad de gobierno surge con el liberalismo y se diferencia del modelo de soberanía del Estado propio de los siglos XVI y XVII en tres aspectos fundamentales: el objeto de las prácticas de gobierno ya no es el territorio, sino la población; el sujeto ya no es el Estado, sino una multiplicidad de actores sociales – por este motivo, Foucault entiende el poder, a partir del surgimiento del liberalismo, como un ámbito de relaciones y no como una relación vertical y unidireccional de dominación –; finalmente, su fuente de saber ya no es el derecho en tanto que limitación externa del poder, sino la economía política en tanto que limitación interna (Cf. Foucault 2008).

A partir de esta noción de racionalidad gubernamental, Foucault propuso una nueva perspectiva de análisis del liberalismo y, en particular, del neoliberalismo. La recepción de estas investigaciones inicia con el trabajo del grupo *Studies in governmentality* en torno a las lecciones del curso *Seguridad, territorio, población* (Cf. Salinas 2014) y continúa en la actualidad de la mano de autores como Geoffroy de Lagasnerie¹⁰, Andrea Fumagalli¹¹, Maurizio Lazzarato¹², Christian Laval, Pierre Dardot¹³, entre otros. Más adelante, mostraremos que el vínculo intelectual que proponemos entre Foucault, Marcuse y la Teoría Crítica en general tiene el potencial de contribuir metodológicamente al enfoque gubernamental.

Habiendo descrito la acepción foucaultiana de racionalidad y, más específicamente, de racionalidad gubernamental, procederemos a exponer las similitudes con la definición de Marcuse. Nos centraremos particularmente en dos puntos: el primero es el rechazo a la

⁹ Traducción propia

¹⁰ Ver: Lagasnerie, G. (2015). La última lección de Michel Foucault. Sobre el neoliberalismo, la teoría y la política. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

¹¹ Ver: Fumagalli, A. (2007). Bioeconomía y capitalismo cognitivo. España: Traficantes de sueños

¹² Ver: Lazzarato, M. (2013). La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal. Buenos Aires: Amorrortu; Lazzarato, M. (2015). Gobernar a través de la deuda. tecnologías de poder del capitalismo neoliberal. Buenos Aires: Amorrortu.

¹³ Ver: Laval, C. & Dardot, P. (2015). Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI. Barcelona: Editorial Gedisa; Laval, C. & Dardot, P. (2013). La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal. Barcelona: Editorial Gedisa

definición de Weber y el segundo es el asunto de la dominación a través de la conducción del comportamiento. En primer lugar, vemos que la noción de racionalidad en Foucault se opone al diagnóstico weberiano en el mismo sentido que lo hace la definición de Marcuse, es decir, se trata de un rechazo al carácter neutral de la racionalidad que defiende Weber. Así lo explica Foucault (1994): “Yo no creo que se pueda hablar de ‘racionalización’ en sí sin suponer, por una parte, un valor absoluto de la razón y sin exponerse, por otra parte, a colocar cualquier cosa en la rúbrica de las racionalizaciones” (p.26). La parcialidad de la racionalidad es, entonces, una constatación inicial fundamental tanto para la definición de Marcuse – racionalidad técnica como ideología – como para la definición de racionalidad gubernamental en Foucault.

En segundo lugar, es posible evidenciar que el tipo de dominación ejercido a través de la técnica es, tanto en Foucault como en Marcuse, una forma de normar la conducta humana. Para Marcuse, la técnica se define como un proyecto histórico-social en el que se proyecta “lo que una sociedad y sus intereses dominantes pretenden hacer con las personas y con las cosas” (Marcuse 1965b: 179). Para Foucault, la racionalidad gubernamental es un régimen que permite el despliegue de ciertas prácticas orientadas al manejo de la conducta humana.

Tenemos, entonces, que los conceptos de racionalidad gubernamental y de racionalidad técnica coinciden al menos en dos asuntos: se oponen a la neutralidad propuesta por Weber y conciben el ejercicio del poder dominativo como conducción del comportamiento. Considerando, como hemos expuesto, que Foucault estudió y aprobó el diagnóstico de la Escuela de Fráncfort en torno a los efectos de poder provocados por el ejercicio de la racionalidad, nos parece razonable afirmar que las similitudes no son accidentales, sino que son fruto de una relación de carácter hereditario. Sin embargo, como ya hemos apuntado, se trata de una herencia crítica, por lo que es necesario aclarar que Foucault se distancia notoriamente de Horkheimer, Adorno y Marcuse. En particular, existen dos asuntos capitales que el pensador francés rechaza del análisis de la Escuela de Fráncfort: la noción de ideología y la noción de sujeto. En primer lugar, Foucault rechaza utilizar la noción de ideología para referirse a las tecnologías de gobierno, pues la considera una aproximación teórica inadecuada. En particular, cita tres motivos principales:

La noción de ideología me parece difícilmente utilizable por tres razones. La primera es que, se quiera o no, está siempre en oposición virtual a algo que sería la verdad. Ahora bien, yo creo que el problema no está en hacer la partición entre lo que, en un discurso, evidencia la científicidad y la verdad y lo que evidencia otra cosa, sino ver históricamente cómo se producen los efectos de verdad en el interior de los discursos que no son en sí mismos ni verdaderos ni falsos. Segundo inconveniente, es que se refiere, pienso, necesariamente a algo como a un sujeto. Y tercero, la ideología está en posición secundaria respecto a algo que debe funcionar para ella como infraestructura o determinante económico, material, etc. (Foucault 1999b: 47-48)

Por lo anterior, como apunta Castro, “la historia del saber o de las formas de ejercicio del poder tal como la concibe Foucault es una historia de prácticas, no de ideologías” (Castro 2004: 279). Pero probablemente el mayor problema de Foucault con la Teoría Crítica radica en su concepción de la subjetividad. Como señala Eribon, “Foucault le reprocha a la Escuela de Fráncfort el haberse quedado encerrada en una concepción

tradicional del “sujeto”, a la vez “filosóficamente antigua” e impregnada de “humanismo marxista”. (Eribon 1995: 397). Esta “concepción tradicional” consiste en considerar al sujeto como una instancia fundacional, como un dato *a priori*, como algo que existe previamente a la acción del poder. Para Foucault, que en esta cuestión se ubica del lado del estructuralismo, el sujeto no es originario, pues es el *resultado* de la acción del poder:

El sujeto es una génesis, tiene una formación, una historia, el sujeto no es originario [...] Creo que este carácter no fundamental, no originario del sujeto, es el punto común de todos los llamados estructuralistas y suscitó en la generación precedente, o en sus representantes, una enorme irritación; esto concierne al psicoanálisis de Lacan, al estructuralismo de Lévi-Strauss, a los análisis de Barthes, a los que hacía Althusser, a lo que yo, a mi manera, intenté hacer. Estábamos todos de acuerdo en que no se podía partir del sujeto, del sujeto en el sentido cartesiano, como punto originario a partir de cual debía ser engendrado todo. (Foucault 1999: 169)

Lejos de rechazar la hipótesis que maneja este trabajo, nos parece que las diferencias palmarias que hemos descrito pueden incluso confirmar que Foucault es un *heredero crítico* de la Escuela de Fráncfort en la cuestión de la racionalidad en el siguiente sentido: el trabajo que emprende Foucault a partir del año 1978 parece construirse *sobre la base* del diagnóstico de Horkheimer, Adorno y Marcuse. El propio Foucault parece reconocer la importancia de considerar este punto de partida en la conferencia que dio en la *Société Française de Philosophie* en mayo de aquel año: “Me parece que en Francia hemos llegado a un momento en que precisamente este problema de la *Aufklärung* puede retomarse en una relación bastante significativa con, digamos, las obras de la Escuela de Fráncfort” (Foucault 1990: 43-44)¹⁴. Con respecto a la entrevista que citamos al inicio en la que Foucault rechaza haber sido influenciado por la Teoría Crítica, nos parece claro que se refiere a su periodo de formación inicial y no a la época en la que emprende la etapa gubernamental de su trabajo. Como evidencia Eribon, al lamentar la escasa relación entre la filosofía francesa y la Escuela de Fráncfort, Foucault declara lo siguiente: “cuando yo era estudiante, jamás escuché a ninguno de mis profesores pronunciar el nombre de la Escuela de Fráncfort” (Eribon 1995: 394). De este modo, cuando Foucault niega el influjo de la Teoría Crítica, parece referirse a aquellos asuntos que lo distancian de ella – como la noción apriorística del sujeto que, de acuerdo a Foucault, impregna la obra de la Escuela de Fráncfort –, pero no de la diagnosis respecto de la relación racionalidad-poder.

5. GUBERNAMENTALIDAD Y TEORÍA CRÍTICA: ALCANCES METODOLÓGICOS

A la luz de lo expuesto, nos parece que la tesis de la *herencia crítica* no sólo es relevante en un sentido genealógico, sino que también puede ser útil para pensar una contribución a la articulación metodológica del enfoque gubernamental en la medida en que esta perspectiva se ha erigido como una alternativa analítica sumamente relevante para el estudio del neoliberalismo contemporáneo. Como es sabido, la teoría al interior de la obra foucaultiana tiene un carácter instrumental, es decir, carece de una pretensión

¹⁴ Traducción nuestra

totalizadora¹⁵. Consecuentemente, el enfoque gubernamental, nacido bajo el influjo de la noción de racionalidad de Foucault, no es una perspectiva autárquica, sino, por el contrario, se trata de un enfoque que requiere ser complementado. Esta es la postura de Pat O'Malley, Nikolas Rose y Mariana Valverde, autores que integraron *History of the Present Network*, la etapa madura de *Studies in governmentality* – grupo que, como mencionamos, realizó la recepción inicial de la noción de gubernamentalidad a partir del curso *Seguridad, territorio, población* –. Para O'Malley, Rose y Valverde:

Las herramientas analíticas desarrolladas en los estudios de gubernamentalidad son flexibles y están abiertas a una multiplicidad de fines posibles. Son compatibles con muchos otros métodos. No están conectadas directamente a ninguna perspectiva política en particular (O'Malley, Rose y Valverde 2006: 143)

En este sentido, rastrear el influjo teórico del concepto de racionalidad gubernamental hasta la obra de la Escuela de Fráncfort abre un interesante abanico de posibilidades de exploración inter-metódica para complementar al enfoque iniciado por Foucault. Pensemos, por ejemplo, en la descripción que Foucault ofrece del neoliberalismo en *Nacimiento de la biopolítica*. Para el pensador francés, la sociedad de masas descrita por Marcuse corresponde a una etapa superada del capitalismo¹⁶. El neoliberalismo, afirma Foucault, pretende “alcanzar una sociedad ajustada no a la mercancía y su uniformidad, sino a la multiplicidad y la diferenciación de las empresas” (Foucault 2008: 187). Sin embargo, el neoliberalismo contemporáneo ha desarrollado dispositivos de dominación cuyo efecto es de carácter homogeneizador. Fumagalli analiza el caso de la publicidad y su capacidad de incentivar la inestabilidad en los gustos y preferencias de los individuos para utilizarla como herramienta de control social:

La posibilidad de vender más coches radica en una mayor diferenciación de la gama de modelos existentes, de modo que permita cubrir los nichos más recónditos del mercado, y en la velocidad de cambio de los modelos a fin de favorecer la sustitución de los viejos modelos a una velocidad cada vez mayor. Este procedimiento vale también para los servicios inmateriales o para el consumo de tiempo libre y de espacio, a través de ciclos de vida de producto cada vez más rápidos y para los que «lo que hoy parece de moda mañana ya no».

Lejos de representar una libertad de elección, estas turbulencias de las modas y de los usos sociales representan una de las armas más sofisticadas de control social: la velocidad de cambio del consumo da la ilusión de un dinamismo que parece contradictorio con cualquier tipo de comportamiento conformista; sin embargo, este cambio tan veloz es homogéneo y conformista y

¹⁵ Con respecto al carácter instrumental de la teoría, conocida es la expresión “caja de herramientas” con la que Foucault define su trabajo: “Entender la teoría como una caja de herramientas quiere decir (...) que no se trata de construir un sistema sino un instrumento” (Foucault 1985: 85)

¹⁶ “Simplemente, se equivocan los críticos que se imaginan, que creen, al denunciar una sociedad digamos sombartiana entre comillas —y me refiero a esa sociedad uniformadora, de masas, de consumo, del espectáculo, etc.—, estar criticando el objetivo actual de la política gubernamental. Critican otra cosa. Critican algo que, sin lugar a dudas, ha estado en el horizonte explícito o implícito, querido o no, de las artes de gobernar de los años [veinte a los años sesenta]. Pero hemos superado esa etapa. Ya no estamos en ella” (Foucault, 2008, p. 186)

se aplica a todos por igual. Si en el capitalismo fordista la estabilidad general y la estabilidad del consumo eran lo que permitía la realización monetaria, en el capitalismo cognitivo es la inestabilidad y la dinámica de cambio de los gustos y los comportamientos, siempre rigurosamente masificados y dirigidos, lo que determina los resortes de la realización monetaria (Fumagalli 2007: 173)

La investigación de Fumagalli en torno al carácter “homogéneo y conformista” del consumo contemporáneo se distancia del diagnóstico foucaultiano de la heterogeneidad neoliberal y parece aproximarse al análisis que Marcuse dedica a la forma en que las mercancías devienen instrumentos de adoctrinamiento:

Los productos adoctrinan y manipulan; promueven una falsa conciencia inmune a su falsedad. Y a medida que estos productos útiles son asequibles a más individuos en más clases sociales, el adoctrinamiento que llevan a cabo deja de ser publicidad; se convierten en modo de vida. Es un buen modo de vida —mucho mejor que antes—, y en cuanto tal se opone al cambio cualitativo. Así surge el modelo de pensamiento y conducta unidimensional en el que ideas, aspiraciones y objetivos, que trascienden por su contenido el universo establecido del discurso y la acción, son rechazados o reducidos a los términos de este universo (Marcuse 1993: 42)

Tanto para Marcuse como para Fumagalli, la publicidad no es la mera comunicación de atributos de un producto, es la proyección de estilos de vida uniformadores¹⁷. Es decir, si bien la sociedad neoliberal es, como apunta Foucault, un fenómeno distinto al de la sociedad de masas, existen resabios que urge estudiar en profundidad pues, como muestran Fumagalli con la publicidad o Lazzarato con la deuda (*Cf.* Lazzarato 2013), no han hecho más que sofisticarse y aumentar su nivel de penetración social; para esta tarea, nos parece razonable explorar la obra francfortesa, en tanto que posible influjo teórico de la conceptualización gubernamental foucaultiana y fuente de análisis de fenómenos aún vigentes en la actualidad, para complementar el diagnóstico político del enfoque de la gubernamentalidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Botticelli, Sebastián. “La gubernamentalidad del Estado en Foucault: un problema moderno”, *Praxis Filosófica Nueva Serie*, 42 (2016): 83-106.
- Castro, Edgardo. *El vocabulario de Michel Foucault: un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes. 2004.

¹⁷ Fumagalli lo señala explícitamente en los siguientes términos: “Hoy la publicidad, en tanto emblema de la comunicación y medio de realización en el capitalismo cognitivo, no induce a comprar algo que no sea otro respecto a sí mismo, induce a valorizar el sí mismo: es marketing del sí mismo, no de la mercancía. Es un tipo de vida del que se hace propaganda en las pantallas de la televisión o en los anuncios. Es la proyección, inmediata y supuestamente real de los propios sueños, no de las propias necesidades” (Fumagalli 2007: 169)

- Duek, María Celia. “Max Weber: posición política, posición teórica y relación con el marxismo en la primera etapa de su producción”, *Convergencia* 50 (2009): 249-280.
- Eribon, Didier. *Michel Foucault y sus contemporáneos*. Buenos Aires: Nueva Visión. 1995.
- Foucault, Michel. *Dits et écrits*. Volumen IV. Paris: Gallimard. 1994.
- Foucault, Michel. *Nacimiento de la biopolítica*. Michel Senellart, editor. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2008.
- Foucault, Michel. “Poderes y Estrategias. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*”. Madrid: Alianza Editorial. 1985.
- Foucault, Michel. “Qu’est-ce que la critique? (Critique et Aufklärung)”, *Bulletin de la Société française de philosophie* 2 (1990): 35-63
- Foucault, Michel. *Seguridad, territorio, población*. Michel Senellart, editor. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2006.
- Foucault, Michel. (1999). “Verdad y Poder”. *Estrategias de poder. Obras esenciales. Volumen II*. Buenos Aires: Paidós.
- Fumagalli, Andrea. *Bioeconomía y capitalismo cognitivo*. Madrid: Traficantes de sueños. 2007.
- Gerth, Hans y Wright Mills, Charles. “Introducción a Weber, Max”. *Ensayos de sociología contemporánea*. Barcelona: Martínez Roca. 1972.
- Gordon, Colin. “Governmental Rationality: an Introduction”. *The Foucault Effect: Studies in governmentality*. Graham Burchell, Colin Gordon y Peter Miller, editores. Chicago: The University of Chicago Press. 1991.
- Habermas, Jürgen. *Ciencia y técnica como “ideología”*. Tecnos: Madrid. 1986
- Kozyr-Kowalski, Stanislaw. “Weber y Marx”. *Presencia de Max Weber*. Talcott Parsons, editor. Buenos Aires: Nueva Visión. 1971.
- Lazzarato, Maurizio. *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu. 2013.
- Marcuse, Herbert. *El hombre unidimensional*. Barcelona: Planeta-Agostini. 1993
- Marcuse, Herbert. “Industrialization and capitalism”. *New Left Review*, 30 (1965a): 3-17.
- Marcuse, Herbert. “Industrialisierung und Kapitalismus”. *Max Weber und die Soziologie heute*. Otto Stammer, editor. Alemania: J.C.B. Mohr. 1965b
- Marx, Karl. *Crítica de la Economía Política*. Buenos Aires: Claridad. 2008.
- O’Malley, Pat, Nikolas Rose y Mariana Valverde. “Gubernamentalidad”. *Astrolabio*, 8 (2012): 113-152.
- Raffin, Marcelo. “El pensamiento de Gilles Deleuze y Michel Foucault en cuestión: las ideas en torno del poder, el sujeto y la verdad”, *Lecciones y Ensayos*, 85 (2008): 17-44.
- Salinas, Adán. *La semántica biopolítica. Foucault y sus recepciones*. Santiago: Cenaltes. 2014.
- Weber, Max. *The protestant ethic and the spirit of capitalism*. Londres: Routledge. 2005.